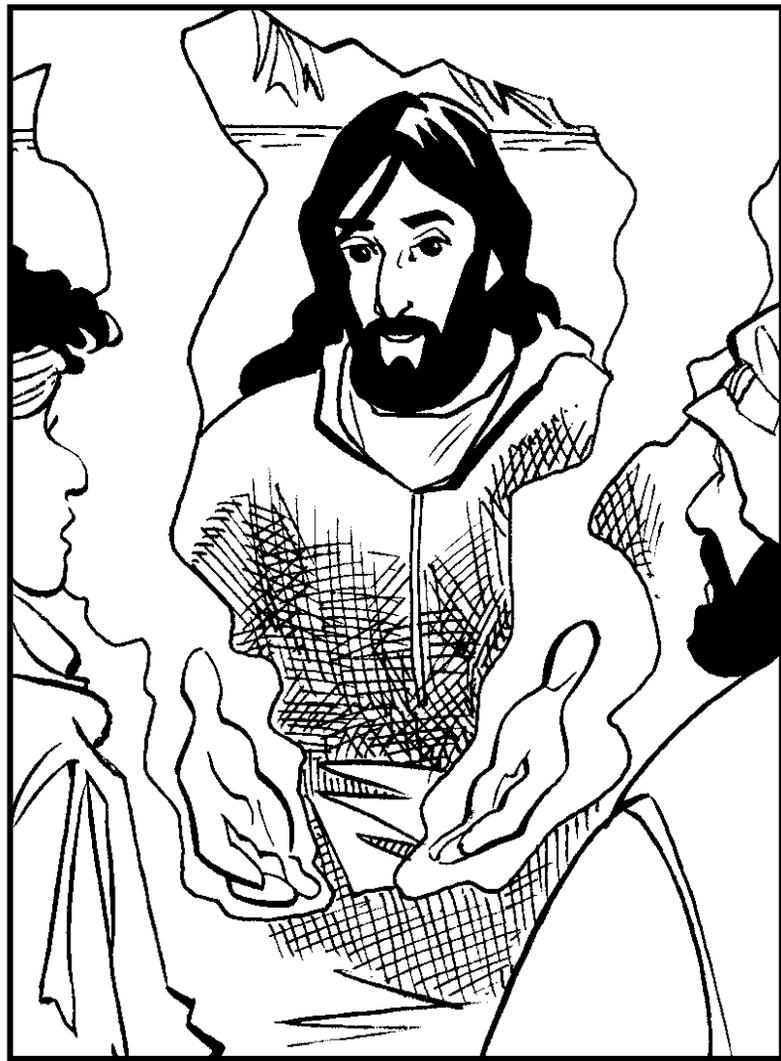


La nueva creación

La resurrección de Jesús fue la primera fase de la nueva creación de Dios. Con ese acto Dios instituyó un nuevo género de existencia: un cuerpo humano se transformó mediante el poder divino en uno sobre el cual la muerte, la descomposición y la corrupción no tienen incidencia. ¡Nada parecido había sucedido en toda la Historia! «Sabemos que Cristo, por haber sido levantado de entre los muertos, ya no puede volver a morir; la muerte ya no tiene dominio sobre Él». (Romanos 6:9)



El cuerpo glorioso de Jesús no se resentía de la tortura que había sufrido: la espalda desgarrada por los azotes; la cabeza ensangrentada por la corona de espinas; las manos, los pies y el costado atravesados. No estaba lleno de magulladuras ni exhausto por todo lo que había aguantado.



Jesús se apareció con aspecto de hombre; no obstante, las más de las veces ni siquiera Sus más íntimos amigos lo reconocieron enseguida. Tenía substancia, «carne y huesos», caminaba, hablaba y podía comer; sin embargo, también podía materializarse y desaparecer a voluntad.

Jesús esencialmente era el mismo, solo que Sus facultades se incrementaron exorbitantemente. Lo mismo nos ocurrirá a nosotros. «En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, [...] seremos transformados. Entonces se cumplirá la palabra que está escrita: "Sorbida es la muerte en victoria"» (1 Corintios 15:52,24)



El apóstol Pablo compara la resurrección del cuerpo con el nacimiento de toda una planta a partir de una semilla. Luego explica que esos nuevos cuerpos serán imperecederos, resucitados en gloria y poder a modo de cuerpos espirituales.

Cuando se siembra, la semilla tiene que morir para que tome vida la planta. Lo que se siembra no es la planta que ha de brotar, sino el simple grano, sea de trigo o de otra cosa. Después Dios le da la forma que Él quiere, y a cada semilla le da el cuerpo que le corresponde. [...] Lo mismo pasa con la resurrección de los muertos. Lo que se entierra es corruptible; lo que resucita es incorruptible. Lo que se entierra es despreciable; lo que resucita es glorioso. Lo que se entierra es débil; lo que resucita es fuerte. Lo que se entierra es un cuerpo material; lo que resucita es un cuerpo espiritual.[...] Transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria Suya. (1 Corintios 15:36-38,42-44; Filipenses 3:21)



Por ser cristianos, nosotros formamos parte de la nueva creación de Dios. Esperamos con ilusión el momento en que Jesús regrese y reviva nuestro cuerpo.



Por eso tenemos mucho que celebrar: que Dios habita en nosotros y nos ayuda, nos guía y nos renueva; que somos parte de Su nueva creación; que viviremos eternamente en nuestro cuerpo glorioso, disfrutando de perfecta salud y sin sufrir los efectos de la vejez, libres de enfermedades y dolencias. Esa es la buena nueva del Evangelio: el amor que Dios abriga por cada ser humano, la oferta de vida eterna, la resurrección de los muertos, la posibilidad de ser hoy mismo nuevas criaturas en Jesucristo y de formar parte eternamente de la nueva creación universal.

